

Gabriel Aesti

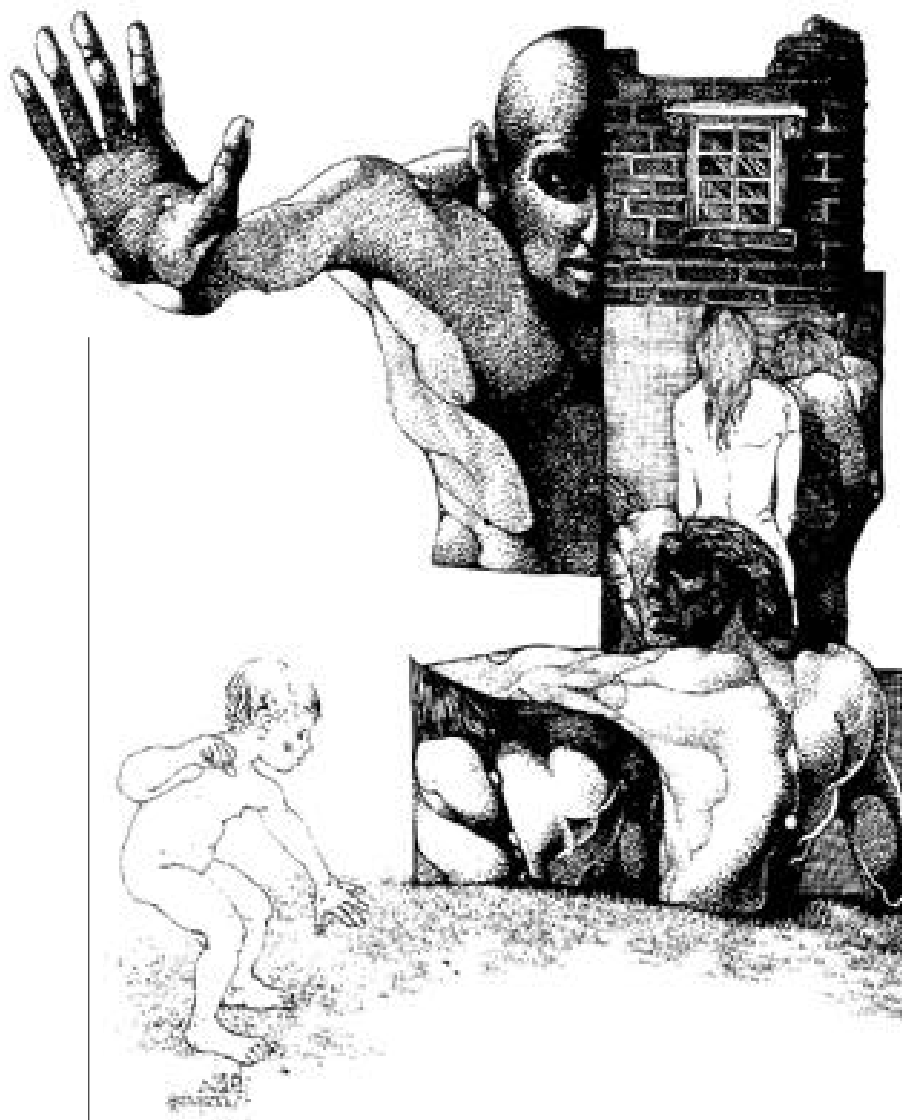
por Vidal de Nicolás Moreno

El tiempo ha ido abriendo un surco desde la fecha de tu muerte -hace ya casi ocho años- hasta este otro año recién nacido de 1984, que ha alumbrado algunas de nuestras muchas esperanzas, también las tuyas, querido Gabriel, pero ha dejado desvanecidas la mayor parte de nuestras ilusiones. Esperábamos más, ¿te acuerdas?, del tiempo que vendría, de las personas que iban a acompañarnos en la travesía del desierto. Creo que teníamos una fe excesiva, casi matemática, en que podríamos cambiar la historia con nuestro sólo deseo los hombres que amábamos la libertad, y que todo lo que ocurriera en el futuro iba a parecerse a lo que soñábamos. Y la historia y el tiempo han demostrado luego parecerse mucho a ese río de Heráclito que está cambiando continuamente sus aguas. Y el sol es nuevo cada día.

Se nos han ido muriendo nuestros amigos. Julián, Blas,... ¿te acuerdas de Blas cuando volvía de China, de "orientarse un poco", como él dice en uno de sus poemas; cuando traía aquellos paquetes de música enlatada y hacía que Mozart se quedara aterido en su memoria, y aún el patético Mahler, porque la sonora alegría oriental lo llenaba todo de campanillas, de susurros, de melodías de plata? ¿Te acuerdas de esa madrugada en que nos quedamos varados en la niebla de Portugalete? Estábamos disecando, cerca de la brisa marina, la robusta anatomía poética de Nazim Hikmet, al que luego me dijeron que querías traducir al euskera. ¿Te acuerdas cuánto hablamos aquella velada del bardo turco y de nuestro querido César Vallejo? Creo que aquella noche, hasta que la claridad matutina se abrió paso entre la niebla, descubrimos que contra la literatura no podrían todos los tiranos del mundo juntos. Supimos, de verdad, que la poesía atraviesa como un hada los barrotes y los cerrojos de las prisiones; que la música vence a la muerte y que un pintor con imaginación -eso es lo que hizo el gran Alberto en Moscú- puede instalar un pedazo de España y de su sol en medio del más severo invierno ruso.

Es verdad, éramos unos insensatos que construíamos nuestro propio edificio de palabras en medio de la intemperie cultural; sabíamos que el desierto se extendía por toda la rosa de los vientos, pero nosotros teníamos nuestra tienda instalada cerca de un oasis recién inventado. Y nos poníamos a oler el agua y la vegetación de la tierra presentida. No creíamos, eso no, en la Tierra Prometida. La tierra presentida era, en cambio, lo que estaba más allá, más lejos, y también más cerca, como "la casa de tu padre". La tierra presentida era la libertad, la paz, el diálogo; era la Atenas de Pericles; era poder recorrer el mundo sin pasaporte; poder leer todos los libros; vivir sin miedo ni pecado. Vivir.

Ahora, Gabriel, tu nombre está en el callejero urbano. Das nombre a colegios, a ikastolas. Alguien diría que estás en la gloria. Pero, tú, si vieras, no estarías en esa gloria que sólo se gana en nuestro país cuando se está muerto, bien muerto. Sé que no te iba a gustar que se te invocara con cualquier pretexto y aun sin él. Seguro que no te iba a gustar, a ti, que ibas siempre por libre, que se te citara desde las instancias oficiales de nuestro país ni que tus versos fueran una especie de dogma de fe de cómo ser vasco; ni te iba a agrandar servir de bandera de combate contra nadie. No ha sido nunca ese el destino de los poetas.



Es mejor que recordemos hoy, querido Gabriel, en este homenaje que te hace un grupo de poetas jóvenes y al que me han invitado, que un día nosotros reunimos todas nuestras energías para querer ser felices en un mundo que no nos dejaba serlo; que nos negamos a aceptar la vida tal como nos la servían: troceada, quemada y llena de especias que repugnaban a nuestro paladar; que vivimos con los hombres de nuestra generación y tratamos de comprenderlos.

Los jóvenes que tripulan esta revista literaria tienen la misma ilusión que tuvimos nosotros, y no menores obstáculos en su navegación. No sufren, es verdad, la tempestuosa represión cultural de entonces, pero la indiferencia de los poderes públicos ante la cultura que no pueden controlar es del mismo calibre que la hostilidad que nos dedicaron los que querían destruirla. Pero, aquí están, con su entusiasmo incombustible, creyendo, como creíamos nosotros, que la poesía, la belleza, podrán no cambiar el mundo pero sí hacerlo más habitable y sensible.

Agur, Gabriel
Bilbao, enero de 1984

(Del número 0 de Zurgai "Extraordinario Gabriel Aresti" Mayo de 1984)